

BENITO JUÁREZ.

1806-1872.

RODEADO por elevadas cimas, circundado por un bosque de árboles frutales, y adornado con un lago formado por las filtraciones de la sierra, lago al que llaman sus habitantes la *Laguna encantada*, por la eterna limpidez de sus aguas, encuéntrase el pintoresco pueblo de San Pablo Guelatao, perteneciente al Distrito de Ixtlán, en el Estado de Oaxaca. En ese humilde pueblecillo existe un pequeño solar y en él, una pobre cabaña compuesta de dos cuartitos, el más grande de ellos, provisto de un portallito que cubre la entrada de la puerta, rodeado todo el terreno por algunos arbustos, no más grandes que la cerca que limita el solar; y hacia la derecha de la habitación más grande y ya fuera de los límites de esa humilde propiedad, un árbol, que da más poesía si cabe al conjunto de aquella casita y aquel terreno, rústicos y pobres, pero adornados soberbiamente con todas las espléndidas galas de una naturaleza exuberante.

En ese pueblo y en esa casita, nació Benito Juárez el 21 de Marzo de 1806 y fué bautizado al día siguiente, según consta por el documento que insertamos á continuación y que se encuentra en el libro de bautismos de la Parroquia á que se refiere el mismo escrito. Este, dice así:

En la Iglesia parroquial de Santo Tomás de Ixtlán, á veinte y dos del mes de Marzo del año de 1806, yo D. Ambrosio Puche, vecino de este Distrito, bautice solemnemente á Benito Pablo, hijo legítimo y de legítimo matrimonio, de Marcelino Juárez y de Brigida García, indios del pueblo de San Pablo Guelatao, perteneciente á esta cabecera. Sus abuelos paternos son Pedro Juárez y Justa López, los maternos Pablo García y María García. Fue madrina Apolonia García, india, casada con Francisco García, advirtiéndole sus obligaciones y parentesco espiritual.

Y para constancia firmo con el Sr. Cura. (Firmado): Mariano Cortabarría.— Ambrosio Puche.

La familia de Juárez tenía las pequeñas comodidades comunes á los habitantes de aque-

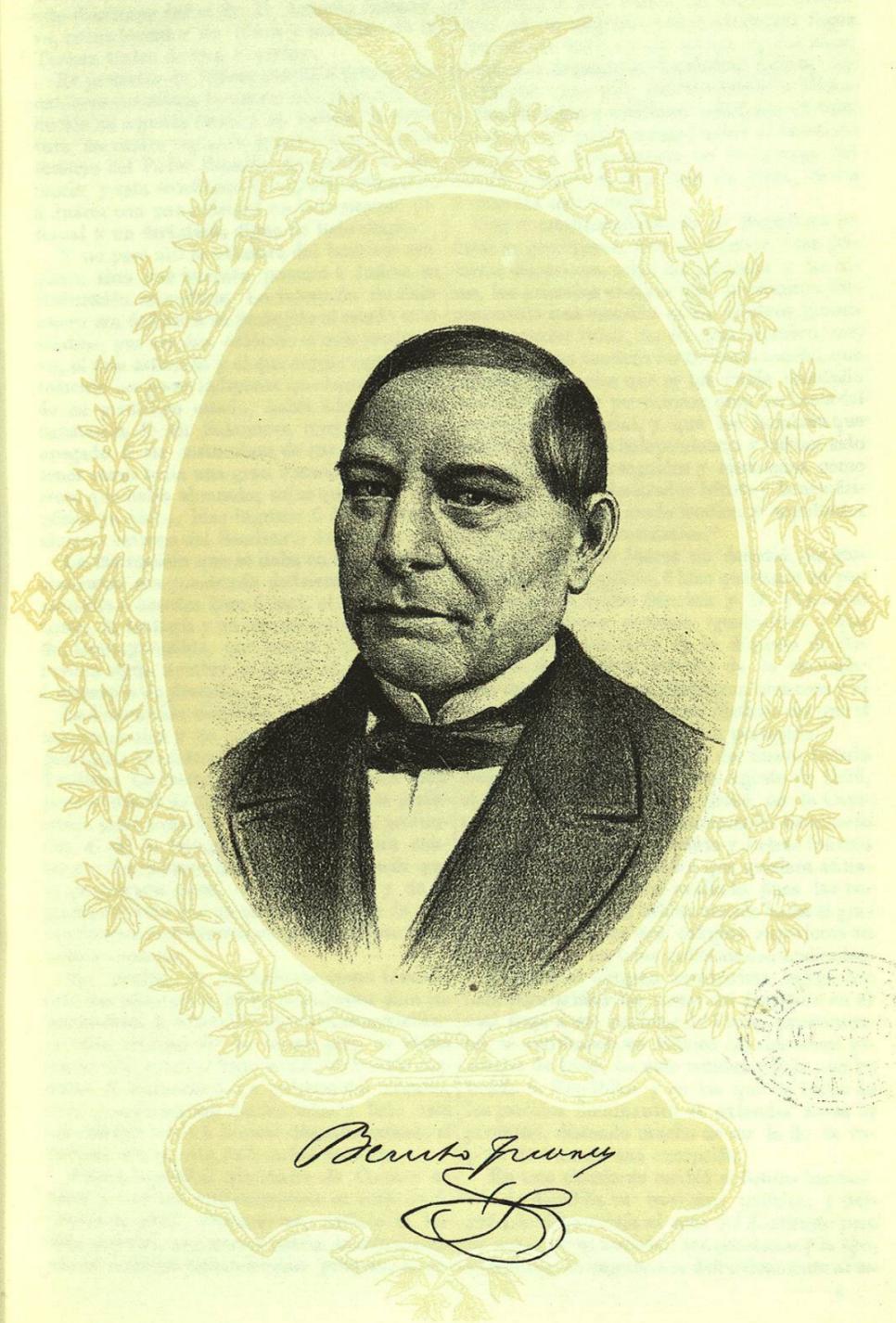
llas comarcas; es decir, una chocita, terreno donde labrar y algunos animales domésticos; pero todo esto distaba mucho de poderse llamar siquiera una mediana riqueza y dadas la época, las circunstancias y la raza á que perteneció Juárez, los padres de éste no podían ofrecerle otro porvenir que el de una vida monótona, dedicada á las faenas agrícolas.

El humilde indígena fué huérfano cuando apenas contaba tres años de edad, quedando por lo mismo, primero al cuidado de su abuela Justa López, y de su tío Bernardino después. La humilde posición del pobre niño, el aislamiento en que estaba el pueblo en que nació y la dificultad grande que aún subsiste hoy en la República, para instruir á los hijos de los habitantes de los campos, impidieron que Juárez recibiera ninguna enseñanza, creciendo en este estado hasta los doce años, edad en la cual todavía no sabía leer ni escribir, ignorando hasta la lengua castellana.

Había desde entonces en los indios de la raza Zapoteca á que Juárez pertenecía, especialmente en los de la sierra N. E. de Oaxaca, la costumbre de llevar á los retoños á que sirviesen como domésticos en la ciudad que hoy es capital de Estado, sin exigir más retribución que el vestido, los alimentos y la instrucción primaria; exigencia esta última que honra á esa raza de indígenas y que ha dado muy buenos resultados, puesto que con ella se ha propagado rápidamente la instrucción en los pequeños pueblos aislados en las montañas.

Varias circunstancias contribuyeron á que Juárez se decidiera á abandonar su pueblo y su choza en 1818, cuando tenía 12 años; siendo entre estas de las más importantes, el desamparo en que vivía como huérfano, el trato algo duro que recibía en su propia casa y su deseo de ser más de lo que hasta entonces fué.

Sin apoyo y sin recursos ningunos, se dirigió á la ciudad de sus ensueños con el objeto de buscar un humilde empleo con alguna familia que pudiese recibirlo. Al llegar á Oaxaca se refugió primero en la casa donde servía una hermana suya, y se encontró poco después con el amparo de un hombre caritativo que le dió instrucción y sembró sobre todo en el corazón



del niño, sentimientos de honradez y probidad: este filántropo fué el Sr. D. Antonio Salanueva, encuadernador de libros y miembro de la Tercera Orden de San Francisco.

El protector de Juárez enseñó á éste lo que entónces constituía la instrucción primaria, reducida en aquella época á la lectura, la escritura, las cuatro reglas de la aritmética y el Catecismo del Padre Ripalda, aprendido de memoria; y esta enseñanza la impartió Salanueva á Juárez con una solicitud verdaderamente paternal y un desinterés digno de todo elogio.

Y no paró allí la solicitud del humilde religioso, sino que también procuró á Juárez su instrucción secundaria. La intención de Salanueva era dedicar á su protegido al estado eclesiástico, por ser éste entónces el más productivo, el más estimado y el que seguían preferentemente los pocos indígenas que lograban salir de su primitivo estado; había además la circunstancia de ser Salanueva muy religioso y apegado á las costumbres de sus mayores, y tener como tenía una gran vocación por la carrera que había abrazado; así es que con el propósito ya dicho, hizo ingresar á Juárez como alumno externo del Seminario de Oaxaca.

La instrucción que se daba en estos establecimientos era por demás deficiente y escasa y reducida á enseñar bien ó mal, el latín, los cánones, la teología y un *totum revolutum* extraño, incomprensible, que con el objeto de que tuviera algún nombre, se le dió el inadecuado é impropio de *filosofía*.

La instrucción científica en los referidos establecimientos y en esa época, se reducía á principios de matemáticas y física explicados á medias. La instrucción religiosa estaba muy por encima de la científica y se daba la preferencia sobre todos los estudios llamados profundos al de la teología; y todo esto sin contar con los trabajos del clero para impedir que se propagasen obras é ideas nuevas, y de la previa censura que ahogaba toda clase de manifestaciones intelectuales cuando no eran solamente ortodoxas.

En cambio, en poblaciones como Oaxaca, eran los seminarios, nó las principales sino las únicas casas de educación que entonces existían; en ellas muchas de las armas para la lucha por la vida, como el trato social, las buenas maneras, el conocimiento y práctica del mundo, eran completamente desconocidas y todo este aprendizaje venía á hacerse después, cuando el antiguo alumno era ya hombre formado.

Juárez ingresó al seminario de Oaxaca en 1821 y terminó brillantemente su curso de filosofía en 1827. Durante este período se habían sucedido en nuestra patria acontecimientos de inmensa trascendencia: primero, se ha-

bía verificado la consumación de la autonomía de México; á poco surgía un imperio proclamado por un sargento y cuya existencia fugaz y transitoria había de ser menor de dos años; proclamábase después la República federal, tiene México como país independiente la primera Constitución y verificase asimismo el total abandono del poder español sobre el territorio mexicano, á consecuencia de la entrega del castillo y fuerte de San Juan de Ulúa, hecha á nuestras autoridades.

Con el establecimiento de la República federal se produjeron, dice un escritor, "las primeras discusiones sobre las personas y las cosas, los primeros ensayos que provocaron forzosamente una reacción en los cerebros juveniles, los cuales veían, no sin gran asombro, que aquellas ideas condenadas no hacía mucho, que aquellos principios que se les había enseñado como heréticos y perniciosos, eran las bases del nuevo edificio social, y que los hombres que habían iniciado la independencia y habían sido excomulgados, perseguidos y ejecutados como bandoleros, eran declarados héroes y beneméritos de la patria en grado heróico, y sepultados con pompa en las catedrales."

El protector de Juárez no desistió, sin embargo, de su propósito, é hizo que tanto su pupilo, como D. Isidro Sánchez y D. Francisco Perea, á quienes protegía igualmente y que fueron curas más tarde de la diócesis de Oaxaca, se dedicaran al estudio de la teología; pero las circunstancias decidieron otra cosa y el porvenir de Juárez fué muy distinto del que el padre Salanueva soñó para su protegido.

En efecto, la Legislatura del nuevo Estado creó por una ley expedida en Agosto de 1826, el *Instituto de Ciencias y Artes*, en la Capital de Oaxaca. Muchos alumnos del Seminario ingresaron al nuevo Instituto y Juárez fué uno de ellos, lo que equivalió á que quedara afiliado en el partido liberal exaltado, pues las pasiones y rivalidades habían crecido hasta el grado de convertir los dos colegios superiores en centros de los partidos políticos contendientes.

Mientras el antiguo seminarista seguía con toda regularidad los cursos del *Instituto* en el cual llegó á ser profesor de Física experimental, se verificaban en México las elecciones generales de 1828, las más reñidas quizás que ha tenido la República y en las que la lucha de los partidos dominantes se extendía hasta la juventud, distando mucho de ser la de la capital de Oaxaca una excepción.

En esas elecciones recibió el futuro benemérito de América su bautismo político, y después de ellas volvía al seno del *Instituto*; pero ya entonces su carácter, sus relaciones y la época misma, lo impulsaron definitivamente al te-

rreno de la política, en el que entró de lleno con aquella su firmeza de principios que hoy es proverbial en el Gran Mexicano.

En el año de 1832 obtuvo Juárez el título de bachiller en derecho, y el 13 de Enero de 1839, poco antes de cumplir los 28 años de su edad, recibió el título de abogado de los tribunales de la República.

Hé aquí convertido á fuerza de constancia, de energía y de sacrificios, á un oscuro indígena, á un humilde huérfano, en miembro útil y distinguido de la sociedad, con una posición honorífica y un título, ganados á costa de muchos esfuerzos y dificultades. Había concluido, sin embargo, la tarea más fácil para todo hombre, teniendo Juárez ante sí el problema, las más veces difícil, del sostenimiento y progreso del individuo en la vida práctica; había fabricado el campesino en Guelatao sus armas, y á fe que éstas eran de buen temple y de buen acero; pero le faltaba la lucha, verdadera lucha por la existencia, y en ella iba á entrar el nuevo abogado, con el corazón lleno de fe y su carácter fríamente inflexible, probado como lo había sido en la escuela de los sufrimientos y de la pobreza que, cuando existe una noble ambición, es la mejor de las escuelas.

El noviciado de las carreras, que desde entonces era tan penoso como hoy, para la mayor parte de los que por él tienen que pasar, no fué para Juárez más sonriente ni halagador que para los más de los jóvenes que se lanzan al mundo llenos de esperanzas, pero sin recursos pecuniarios; así es que no teniendo al principio negocios lucrativos, ni estudios bastante serios referentes á su profesión, que lo preocuparan, se dedicó con más afán, guiado también por su inclinación natural, á la política, cuyas contiendas conmovían en esa época toda la República.

El primer puesto público que desempeñó Juárez con tal motivo, fué el de regidor del Ayuntamiento de Oaxaca en 1831. Al año siguiente, formó parte de la Legislatura del Estado, en cuyo puesto se mantuvo hasta 1834.

En este tiempo tiene lugar una sucesión de acontecimientos ante los cuales el espíritu pensador de Juárez, principia á acentuar su carácter de hombre predestinado á las grandes obras.

Guerrero había sido engañado por aquellos á quienes confiara con su proverbial sinceridad el cargo público que las circunstancias habían colocado en sus manos.

Bustamante se sirve de las fuerzas acantonadas en Jalapa, justificando la revuelta á que dió lugar con un lema que por desgracia han empleado todos los que han levantado el grito de rebelión; lema que ofrece grandes atractivos

á la generosidad popular, que no escatima nunca sus esfuerzos cuando se trata de la felicidad pública: *el restablecimiento de la Constitución y las leyes.*

Tras este movimiento vino el que estalló en 1842; Pedraza aparecía al frente de esta revolución, que dió motivo al sufragio, llevada á efecto poco después y por la cual fué electo Presidente D. Antonio López de Santa-Anna y Vicepresidente D. Valentín Gómez Farías.

El grande hombre á quien la historia ha dado el nombre de Patriarca del partido liberal en México, caracterizó su vida pública con modificaciones sociales, que revelaban la superioridad de aquel talento extraordinario. Con sus reformas, principiaron á germinar las reacciones que después habían de formar á los ilustres sucesores de aquel gran patriota.

La resistencia se preparaba de una manera formidable: la expulsión de los frailes y del prohombre de los clericales, Bustamante; la supresión de colegios religiosos; la reforma del plan de estudios y otras obras en fin, no podían pasar sin conmociones, en circunstancias en que se llevaban á efecto contra un partido todavía fuerte y poderoso.

Pero el Sr. Gómez Farías era una verdadera autoridad social y por eso formó escuela política, regando en el campo del porvenir ese semillero de futuras transformaciones que sustituyeron con una nueva fisonomía la decadente faz de la antigua sociedad.

Las reacciones no se hicieron esperar; primero el pronunciamiento levantado en Morelia al grito de *religión y fueros*; después, el desconocimiento que hizo el Congreso contra el Vicepresidente, la anulación de sus reformas y de la Constitución de 1824 y el establecimiento de la República Central.

En estos vaivenes de la situación, Juárez fué llevado á la cárcel pública por primera vez. Se le creyó complicado en una conspiración liberal y por espacio de muchos meses se vió privado de su libertad.

México atravesaba entonces por una época de inestabilidad pública. Los pronunciamientos estaban á la orden del día. La oscilación de los elementos nacionales, indicaba que aún estaban muy distantes de adquirir firme consistencia las instituciones nacionales y que tendríamos que sufrir todos los trastornos y calamidades de una formación social. La República Central se sustituía con la República

Federal y vice versa, y cada vez que ésta se levantaba sobre las ruinas de la primera, descubrían grandes personalidades. Así vemos á Juárez desempeñar desde 1842 hasta 1845 el cargo de juez civil y de hacienda, ser llamado por el general León, para desempeñar la Secre-

taría de Gobierno en 44, y separarse á poco para ser nombrado fiscal del Tribunal Superior de Justicia.

Por estas épocas principiaba á germinar una idea funesta, la de la intervención extranjera, iniciada por D. Manuel Gutiérrez Estrada y después apoyada por impotentes traidores, que no se sonrojaron de sus menguadas concepciones; aquellos que más tarde suscitaron el más espantoso conflicto entre nuestra libertad y la ambición infame de un monarca europeo.

Una revolución derrocó á Paredes á fines de 46. Oaxaca entregó el poder por medio de una junta legislativa á un triunvirato compuesto de Fernández del Campo, Arteaga y Juárez. El primero carecía de carácter político, el segundo de prudencia, y Juárez fué entonces el único en quien se concentraban las esperanzas de partido.

Desde este momento Juárez se hizo jefe.

El movimiento acaudillado por el general D. Mariano Salas restableció la Constitución de 1824, convocándose á elecciones de un Congreso para reformar la misma Constitución.

El Estado de Oaxaca nombró á Juárez, que en unión de otros oaxaqueños liberales pasaron á la Capital de la República para tomar parte en las deliberaciones de aquel Cuerpo legislativo constituyente.

El primer acto de la Cámara fué llamar á Santa-Anna y Farías, á la Presidencia y Vicepresidencia, engañada como estaba todavía con el primero, en quien se reunían ciertas cualidades aparentes de grandeza y mérito, que en realidad no correspondían sino á una ambición poco generosa de figurar y de lograr popularidad.

Los hombres como Juárez tenían que luchar con estas simpatías inspiradas por el error y la ignorancia; tenían que desvanecer ese brillo de las personalidades seductoras, pero falsas; de esos personajes que, como Pisistrato en la antigüedad, poseen el arte de fascinar á las multitudes, pero sin tener como aquél el fondo patriótico que hizo de él un grande hombre; tenían que desenmascarar á esos farsantes de la escena política, siempre sedientos de ruidosos triunfos, pero nunca decididos al sacrificio desinteresado ni al holocausto silencioso.

El americano se desbordaba desde nuestras fronteras del Norte y fué necesario procurarse los recursos necesarios para emprender una campaña contra el invasor. El clero, en lugar de ofrecer, como debía, el dinero que rebosaba en sus arcas, dió paso al ejército americano que entró en la ciudad de Puebla, maniatada por las intrigas de un obispo llamado Pablo Vázquez, que no pidió al general enemigo más garantías

que la de *respetar las personas y bienes de los eclesiásticos.*

Y todo esto por salvar quince millones de pesos, que el Vicepresidente Farías exigía, no para otros fines que los de la defensa de la Patria.

Y como si no fuera suficiente angustia y desvalimiento todavía, se aprovecharon de las circunstancias para levantarse en contra de los defensores del país, distrayendo sus débiles fuerzas con las revueltas y asonadas que favorecían al ejército invasor.

Oaxaca fué teatro de algunos de esos movimientos que fueron declarados subversivos por la Cámara Federal. Juárez salió de la Capital con dirección á su Estado, en donde el desprestigio de la administración del Sr. Arteaga preparó la elección de nuevo gobernador, que recayó en Juárez, por acto de la Legislatura. El nuevo período principiaría en Noviembre de 47 para terminar en Agosto de 52.

En el lapso histórico en que el nuevo Gobernador asumió en sus manos los destinos del Estado, surgieron multitud de dificultades que no consiguieron más que probar la ley del gran carácter de ese hombre que la adversidad preparaba para mayores conflictos.

Santa-Anna, dominado por el profundo egoísmo con que le hemos caracterizado, desertó del puesto en que el patriotismo sostiene á los grandes hombres en los momentos de la lucha. El, el primer ciudadano, se mostró más insignificante que el último ciudadano; ¡qué decimos! entonces no tuvimos últimos, todos fueron primeros en la defensa de su patria; todos fueron héroes y las vías públicas se tiñeron con torrentes de sangre popular.

El gobierno de Oaxaca se opuso á que el ex-presidente llegase á la Capital de aquel Estado y sus cercanías, y después de una pequeña estancia en Teotitlán, marchó para el extranjero, de donde, por un nuevo error del partido liberal, fué llamado á ocupar la primera magistratura de la Nación.

La invasión americana cruzaba sombría y aterradora los Estados de Veracruz, Puebla y Valle de México.

Hubo dolorosísimas infidencias; mientras que Oaxaca, Veracruz, Tamaulipas y Tabasco se distinguían por su heroicidad y sublime patriotismo, Yucatán, por ejemplo, nos abandonaba en la hora suprema y se declaraba independiente.

Juárez, cuya constancia rayaba en milagrosa, no descansó un momento, ya levantando fuerzas, ya estableciendo maestranzas, ya haciendo fabricar cañones y pertrechos de guerra; el caso es que el grito de lucha no se dejó de oír ni un momento en el Estado cuyos destinos